

Día del
Libro en
Castilla-La
Mancha

23 de abril de 2022

A. Jarama

En segundo de primaria, cuando tenía siete años, un ratón se nos coló en la clase mientras dábamos inglés. No recuerdo si estábamos aprendiendo los colores, los animales o cantando esa canción que enumera las partes del cuerpo, pero sí me acuerdo de que todos nos asustamos mucho. Incluso Isabel, la profesora de Inglés, se puso a vocear y se subió a la mesa al ver al pequeño roedor entrar en el aula y cruzarla entera.

Después llegaron Marcial, el bedel, que echó al animal no recuerdo como, y Rosa, nuestra profesora de Lengua. Le explicamos el incidente, excitadísimos, durante toda la hora de clase, así que nos mandó de deberes para el día siguiente contarle todo en una redacción. Cuando llegué a casa, le expliqué a mi padre lo que había ocurrido y que tenía que hacer una redacción contándolo. Y me respondió que, si nosotros nos habíamos asustado, el pequeñísimo ratón seguramente habría pasado pavor teniendo que cruzar una clase con un montón de humanos gritando, incluidos niños y una profesora de inglés.

Aquella tarde escribí la historia, como me había sugerido mi padre, desde el punto de vista del ratón en lugar de desde el mío. También aprendí una de las mayores lecciones de literatura de mi vida: que, de vez en cuando, hay que ser el ratón. Que si los cuentos, que, si los libros tienen sentido, es porque nos permiten viajar, aunque no tengamos para pagarnos siquiera el pasaje de Ryanair.

Los libros nos llevan a otros lugares, de la Ítaca de Odiseo al desierto del Sáhara en que apareció El Principito. A distintas culturas, de la mano de Las mil y una noches o la Bhagavad-gita. Pero también a otros tiempos, pasados y futuros, mejores y peores. Y a otras pieles, como la del ratón.

En segundo de primaria, cuando empecé a intuir lo que era la literatura gracias a mi padre y al ratoncillo desorientado, apenas había leído un par de libros o tres. Alguno de El Barco de Vapor, recopilaciones de versos de Gloria Fuertes. Pero un par de años después, en Ontígola, el pueblo de Toledo en el que vivía, abrieron una Biblioteca Municipal.

Allí conocí a Carmen, la bibliotecaria, que se convirtió para mi yo de diez años en una amiga. Me pedía ayuda para decorar la Biblioteca cuando llegaba Navidad, me contaba cosas en su despacho mientras catalogaba los cuentos y me recomendaba libros. Sobre todo, me recomendaba libros.

Tendría trece cuando llegué, no sé si por casualidad o porque ella me lo dijo, al Réquiem por un campesino español de Sender. Y comprendí que los libros tienen sentido porque nos hacen viajar, sí, pero también porque nos hacen quedarnos. Aquellas historias de hambre y miseria, de callos en las manos y gachas para comer varios días en semana me sonaban mucho de habérselas oído a mis abuelos, como después me sonarían las de Delibes o las crónicas de Carandell. Y entendí que los libros sirven, además de para visitar otros cuerpos, otras culturas e incluso otros tiempos, para hacer permanecer los propios.

Para sentir que nuestras vidas, aunque no tengamos un caballo llamado Baviaca ni andemos buscando el Grial o la espada Excalibur, merecen no solo ser vividas, sino también contadas. Para construir nuestra propia memoria, la de nuestra familia, la de nuestro pueblo, y hacerlos así eternos.

Así que os deseo un feliz 23 de abril y que nunca dejéis de viajar con los libros, pero tampoco de quedaros. Que los devoréis, pero que también los creéis vosotros mismos. Que disfrutéis de las historias ajenas, pero que sintáis que las propias también merecen quedar en negro sobre blanco.